

ANTÓN EL DE LOS CANTARES⁽¹⁾



«Una noche de Noviembre me alejaba yo de mi aldea, ¡tal vez, Dios mío, para nunca más volver! Caminaba, caminaba por el valle arriba, con los ojos arrasados en lágrimas. Comenzaban á cantar los gallos, ladraban los perros, lloraban los cárabos en las montañas, gemía el viento en las copas de los nogales, y mugía furioso el río, despeñándose por el valle abajo; pero dormían apaciblemente los moradores de la aldea, excepto mis padres y mis hermanos, que asomados á la ventana seguían, llorando, el ruido de mis pisadas, próximas á desvanecerse entre los rumores del valle.»

El adolescente, que en noche triste, como son todas aquellas en que nos alejamos para siempre del hogar de nuestra infancia, salía de la aldea de Montellano y cruzaba el valle de Las Encartaciones, despidiéndose mentalmente y con lágrimas en los ojos «de las cuatro casitas blancas como palomas que desde lejos sólo se ven cuando el otoño ha quitado á los árboles sus hojas», era Antonio de Trueba, «Antón el de los Cantares».

Nadie, sin duda, hubo de pensar entonces al ver al rapazuelo, cuyo vestido «cubría el polvo de mineral de hierro», marca de sus rudas faenas, que bajo aquellas pobres ropas latía un corazón de poeta.

Yo no sé cómo Antonio de Trueba llegaría á Madrid, supongo que en el caballo de San Francisco ó atravesado en el mulo de algún arriero. Ni en brioso corcel en otro tiempo, ni ahora en tren de lujo, solían ni suelen llegar á la corte las inteligencias privilegiadas.

El hecho es que fué á parar á una tienda de ferretería, tras de cuyo

(1) La casa editorial de los hijos de Miguel Guijarro acaba de poner á la venta el primer tomo de las Obras escogidas de Antonio de Trueba. Comprende este tomo «El libro de los Cantares» y «Canciones primaverales», hasta ahora inéditas.

mostrador garrapateó sus primeros cantares, como los de las aves no aprendidos. «¿Qué entiendo yo—decía—de griego ni de latín, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enamadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entonces os comprenderé, porque de eso nada más entiendo».

Toda la «estética» de Trueba está en las líneas que dejo transcritas. Su voz es voz del pueblo, eco de los sentimientos del vulgo, poesía de los humildes..... Su musa no se atavía con los peregrinos adornos de las grandes damas, sino con las galas aseadas y sencillas de las hijas del pueblo; no mora en dorado alcázar, sino en blanca casita «rodeada de siemprevivas y claveles; de rosales y azucenas.....»

¡Qué cambio tan grande ha experimentado la poesía popular desde aquellos días de la juventud de Trueba hasta estos de duelo y de ignominia que está atravesando España! ¡Que diferencia entre aquellos romances candorosos é inocentes como los titulados «La rosa entre las rosas,» «El ramo del soldado,» «Periquito entre ellas,» «Cadenas de oro» y tantos otros, y los que actualmente deleitan al público, llenos de obscenidades, plagados de modismos de lupanar y de taberna!... Si la poesía es, como yo creo, la, flor de la vida, ¡qué flores las que produce la vida popular en España!

Aguilera, Querol, Trueba, fueron los, cantores de los sentimientos del pueblo español; ellos hicieron sentir á nuestros padres cuanto hay de grande en nuestra historia; ellos cantaban la heroicidad de la guerra de la independencia, las dulzuras de la patria, las fiestas cristianamente castizas de los viejos hogares, las sanas alegrías de las muchedumbres honradas..... Hoy, se nos cuentan en pedestres jácaras las procaçidades de golfos y rameras, ó se representan con gran regocijo y aplauso farsas indecentes en que unos cuantos chulos rufianescos buscan el equívoco obsceno, dando sentido deshonesto á las palabras del idioma, manchando, en fin, la lengua nacional con todo linaje de basuras.

Trueba procuraba ennoblecer la poesía del pueblo, convertirla de ruda é incorrecta en decorosa y artística. En sus composiciones no falta nunca el sentimiento popular, pero ennoblecido. No se hunde el poeta en las bajezas de la canalla; por el contrario, dignifica lo que en la realidad suele hallarse mezclado con el lodo de las calles..... Lo mejor de nuestra poesía popular, el «romancero», es también la transformación,

por verdaderos poetas, de los romances del pueblo, en obras verdaderamente artísticas.

El artista debe, como la aveja, convertir en miel la sustancia de las humildes florecillas del monte..... Por desgracia existen escritores que, como el escarabajo, hacen su labor recogiendo y amasando lo ruin y repugnante del arroyo.

Tiene razón el P. Blanco cuando, al hablar de Trueba, censura á los que tienen por ridículo todo lo que es tierno y afectuoso.

Es verdad; los que no sienten más que burlas y desdenes para las tristezas de la vida y llaman patriotería al patriotismo, y sensiblería á las delicadezas, del alma, y cursi á todo impulso generoso del corazón; los espíritus fuertes que no padecen otros dolores que los de su cuerpo ni tienen otros ideales que los de su medro personal..... esos no encontrarán en las tiernas poesías de Trueba ni en sus preciosos cuentos la emoción que llena de lágrimas los ojos del que lee y que por un momento le aparta de la ruindad de los egoísmos de la vida...

En cambio los pobres de espíritu, los que no pueden recordar, sin conmoverse, los árboles del huerto en que jugaron de niños, y los primeros impulsos de amor, y las caricias de su madre, y sus estremecimientos al escuchar el relato de las hazañas de sus abuelos, y la fé cándida de su infancia... ¡oh! esos espíritus débiles encontrarán siempre en los versos de Trueba plácidas y melancólicas emociones, deleitantes desconocidos para los positivistas de café y volterrianos en caricatura, que tanto abundan en nuestra flamante y próspera sociedad.

(«La Epoca»)

ZEDA.

